

DESIRÉE RUIZ

VILLA
MELANIA



ESPASA

DESIRÉE RUIZ
VILLA MELANIA



© Desirée Ruiz Pérez, 2023

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España.

© Editorial Planeta, S.A., 2023

Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 268-2023

ISBN: 978-84-670-6761-3

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autores y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Zaragoza, febrero de 2018

—Señorita, es usted extraordinaria. Hay que ser muy valiente para plantearse vivir aquí.

Dicen que los espejos rotos en una casa simbolizan la muerte. Camila dirige al jardinero una mirada extraña, liviana, y luego sus ojos oscuros se posan sobre la luna rajada de la entrada. Recuerda lo que escuchó de niña, palabras susurradas tras los cortinajes de la sala de música, caléndulas enredadas entre unos cabellos negros, un rostro de porcelana resquebrajado, una almohada carmesí.

—Qué tontería —su voz es profunda, casi oscura—; no sé por qué lo dice.

—Bueno, su tía abuela era una mujer fascinante, y después del trágico suceso...

—¿La conoció usted? —interrumpe Camila mientras desliza sus delgados dedos blancos sobre el pasamanos de madera lacado en granate; cinco cicatrices alargadas se abren paso en la superficie empolvada de los años.

Víctor López es un hombre fuerte y nervudo, de constitución achaparrada. Las arrugas que surcan su rostro afable le confieren una apariencia tosca. Aunque parece mayor, todavía no ha cumplido los sesenta y cinco.

—Yo era un crío, pero la recuerdo, sí. Era hermosa, como en el cuadro. De hecho, usted se parece muchísimo a ella.

Desde lo alto de la escalera, Melania los observa a través del tiempo contenido de los lienzos. El rostro redondeado, la piel blanquísima, los ojos negros y enormes bajo unas cejas pobladas y oscuras, el cabello azabache cayendo en rizos rebeldes sobre la espalda. En el retrato está sentada en el césped ralo, rodeada de matorrales y plantas silvestres, con las piernas aparentemente cruzadas bajo la falda larga de pesados pliegues, y las manos pálidas descansando sobre el regazo con gesto relajado; sin embargo, hay algo envarado en su cuerpo, algo de emperatriz, algo de cariátide, algo que inspira una suerte de desasosiego.

—Tenía una forma extraña de mirar —continúa el jardinero, dubitativo—, o eso decían, al menos. Yo solo recuerdo una mujer muy bella que vestía y se peinaba de un modo raro para la época.

El espeso cabello protagoniza la pintura; es como un bosque, un cuerpo frondoso e impenetrable que parece tener vida propia.

—Y, claro, después de lo que ocurrió... Imagino que el tío de usted perdió la cabeza, es comprens-

ble. Y ya sabe cómo son estas cosas: nadie dice creer, pero tampoco pondrían la mano en el fuego. El señor estaba tan seguro de que ella seguía aquí que la historia del fantasma fue calando entre la gente...

El trágico suceso tuvo lugar la víspera del Día de Reyes de 1966 en Villa Melania. Las cuatro hermanas se habían reunido en casa de la primogénita y su esposo para prepararlo todo, tal y como lo habían hecho desde pequeñas. Sus padres, hasta el día de su muerte, les habían inculcado la tradición de esa noche de estrellas y regalos, de lamparillas y ángeles, de turrone, pastelitos de Gloria, peladillas, alfajores y roscos de vino.

Don Rodrigo Lanuza de Vives, el suegro de Melania, había adquirido a principios de siglo un terreno en el entonces barrio de Ruiseñores, la prolongación natural del paseo Sagasta, el preferido por la burguesía zaragozana. La cercanía del tranvía de Torrero los había animado a comprarlo con la idea de construir en él su segunda residencia en un futuro y así, cuando el Jardín Botánico se trasladó desde las instalaciones de la antigua huerta de Santa Engracia al paseo de Ruiseñores, contrataron a un arquitecto para diseñar los planos del singular edificio, que por aquel entonces fue bautizado como Villa Jacaranda, en honor al hermoso árbol de flores azul púrpura traído desde Argentina para presidir

el frondoso jardín. Cuando Sebastián nació, sus padres y sus dos hermanas ya se habían instalado definitivamente en la magnífica mansión; las niñas asistían al colegio Pompiliano de las Madres Escolapias y la jacaranda lucía fragante presagiando un futuro inmenso. Al cumplir la treintena, un Sebastián de una altura insólita para la época recibió la villa como regalo, con la esperanza de que ese atractivo ingeniero decidiera por fin desposar a una joven adecuada y formar una familia.

En realidad, Sebastián no permanecía soltero debido a una falta de interés por el sexo opuesto o porque no despertara admiración entre las damas; tampoco tenía un carácter libertino, más bien al contrario, pues sus maneras eran extremadamente correctas y sus hábitos intachables. Su soltería se debía al hecho de que jamás había admirado a una mujer, ni siquiera a su madre o a alguna de sus hermanas. Las había conocido hermosas, sin duda; agradables, cultivadas, incluso encantadoras. Pero todo el interés se desvanecía como la bruma de la mañana en cuanto conocía a otra más hermosa, o más agradable o más cultivada o más encantadora. Y el problema era que eso siempre ocurría. Hasta que conoció a Melania.

Tenía diecinueve años y era la hija mayor del socio de su padre. Cuando Sebastián la vio por primera vez ella estaba sentada en las escaleras del edificio, esperando. Leía un libro con apasionada avidez

y sus cabellos la cubrían como una manta. Estaba enfrascada en la lectura de *Jane Eyre*, y a Sebastián esa joven extraña, con la melena enredada y el rostro levemente crispado, le devolvió de repente el placer que le inspiraban las novelas del siglo pasado. Entonces Melania, sintiéndose observada, levantó hacia él los ojos y le dirigió una mirada extraña, una mirada de gasa y niebla, y él quedó atrapado en una bruma confusa. Cuando unos segundos después los padres de ambos, Gabriel Vega y Rodrigo Lanuza, aparecieron en el portal y tuvieron lugar las pertinentes presentaciones, ella lo saludó con una voz profunda, una voz de gruta y acantilado, inusual en una muchacha de esa edad, y Sebastián supo que por fin la había encontrado.

La pareja inició un noviazgo largo y apacible, no exento de murmuraciones. Melania vestía de un modo tan extraño como fascinante; se envolvía en amplios chales de lana o gasa, lucía vestidos antiguos invariablemente oscuros y largos que rescataba de los armarios y vestidores de su abuela, abrigos de corte militar que casi arrastraba por el suelo y levitas sobre faldas voluminosas. La gente la consideraba distante y altiva. Sin embargo, Sebastián se sentía bendecido por su atención y por su afecto; se le antojaba auténtica, intensa. Sus ojos eran hermosos, pero no era su negrura ni su tamaño lo que impresionaba, sino una inmensidad absoluta que se desbordaba por sus pupilas. Melania tenía una mi-

rada limpia y, a pesar de ello, ligeramente ausente, que presagiaba desgracias y contenía pesares; solo cuando miraba a Sebastián esa pesadumbre hipnótica se disipaba.

La víspera del Día de Reyes de 1966, Melania y Sebastián llevaban cerca de tres años casados. El magnífico edificio se encontraba resguardado por un frondoso jardín donde la jacaranda todavía ocupaba un lugar prominente. Sin embargo, el color predominante en Villa Melania no era el azul púrpura, sino el naranja; las caléndulas eran las flores preferidas de su dueña, tal vez por haber nacido en el mes de octubre, tal vez por transmitir una nostálgica melancolía. El jardinero las plantaba en parterres y cuidaba de que se desplegara su color anaranjado sobre el césped. El jardín estaba a su vez rodeado por un muro de piedra que se alineaba al paseo de Ruiseñores y que impedía en gran medida las miradas de los curiosos. Estos se sorprendían al divisar el chapitel del torreón en esquina, pero no tenían la oportunidad de admirar los hermosos vitrales, las pequeñas ventanas de arcos apuntados y los pretilos decorados con formas de la naturaleza, las columnas anilladas, el delicioso balconcito con apariencia de pequeña torre medieval, la puerta de madera maciza labrada con delicados tallos y zarcillos que trepaban sobre el paño y parecían seguir deslizándose por la pared hasta los vanos del segundo piso. Esa noche unos farolillos iluminaban diferentes

puntos del jardín, y figuras de ángeles blancos colgaban de los árboles. A través de las ventanas titilaban las luces de un gran árbol de Navidad, y bolas de vidrio esmaltado pendían junto a los cristales. Un observador, desde la oscuridad, habría distinguido a personas vestidas de modo formal moverse en las habitaciones, charlar amistosamente y entretocar copas alargadas de líquido espumoso. Se intuían carcajadas, villancicos y besos. No había niños, aunque el abultadísimo vientre de una de las mujeres hacía presagiar que pronto los habría.

Las hermanas de Melania reían y bailaban alrededor del gran árbol. Clotilde, dos años menor, era la versión poco agraciada de la anfitriona: sus ojos se abrían en demasía adoptando una forma redonda y saltona que le confería la expresión de una lechuza, la nariz era demasiado grande, la boca demasiado ancha, el cabello crespo. Tenía, eso sí, una risa franca y rotunda, y un brillo de perspicacia en la mirada nada desdeñable. Llevaba un año casada con un empresario de treinta años, pelo cano y aspecto apocado, que esa noche permanecía junto a la chimenea ensimismado en el fulgor de las llamas mientras su esposa bromeaba con su cuñado, el joven y atractivo marido de Gabriela; esta, la tercera de las hermanas, con solo veinte primaveras, encarnaba el prototipo de belleza clásica y serena, con la melena castaña, larga y lisa, perfectamente peinada, los ojos color avellana y la tez mucho menos pálida que sus

hermanas. Su aspecto siempre era saludable y pulcro, aunque hay quien la habría tachado de insulsa, pues si bien sus formas eran correctas y su sonrisa presta, no era menos cierto que le faltaba viveza y gracia.

La hermana más joven de las cuatro corría de una sala a otra subiendo y bajando las escaleras, escondiendo los regalos que al día siguiente el resto tendría que buscar. Cecilia tenía dieciséis años, aunque fácilmente podría haber pasado por una jovencita de trece o catorce; una chiquilla desgarbada, blanca como la leche y con la piel salpicada de innumerables pecas. Extremadamente delgada, Cecilia había nacido fea, sin posibles paliativos: tenía unas facciones irregulares, el mentón pronunciado, la frente prominente y los ojos pequeños y separados. Además, su perfil derecho aparecía desfigurado de un modo atroz. A los cuatro años, una sartén con aceite hirviendo se había derramado accidentalmente sobre parte de su rostro, y ni siquiera podía disimular las cicatrices con el cabello, hermoso, ondulado y brillante, de un rojo intenso como las llamas, pues las quemaduras habían afectado también al nacimiento del pelo en esa zona. Era callada y observadora y, sin duda, la más inteligente de todas.

La víspera del Día de Reyes de 1966, cuando faltaban apenas diecisiete minutos para la medianoche, el mirador de lo alto de la torre estaba abierto. En contraste con las habitaciones de los pisos infe-

riores, iluminadas y llenas de color y música, la estancia superior aparecía enmudecida y oscura. De pronto, una figura atravesó el vano y cayó pesadamente en el suelo del jardín. El golpe fue seco y sordo. No hubo gritos, sino silencio y vacío. Sin embargo, Sebastián había visto caer algo mientras miraba por la ventana del salón, un bulto oscuro, una espesura. Cuando todos salieron alarmados al jardín, al instante no solo alarmados, sino horrorizados —Sebastián con la boca abierta, muy abierta, una oquedad sin fin en su rostro demudado—, la encontraron tendida entre las caléndulas, con la pesada falda levantada, las piernas en una posición imposible y el blanquísimo rostro resquebrajado; de entre sus cabellos manaba un líquido espeso, que se extendía alrededor de la cabeza y del rostro formando una almohada carmesí donde se hundía su ojo izquierdo, abierto, grande y oscuro, como la gruta sin nombre de donde Melania nunca podría regresar. Tenía veintiséis años.

Zaragoza, 5 de enero de 2019

Camila lleva ya once meses viviendo en Villa Melania. Cuando Sebastián Lanuza murió a la edad de noventa y un años, la familia descubrió que el anciano caballero, fallecido sin descendencia, había otorgado testamento y legado todos sus bienes a Camila

y Cloe Oliver, las dos nietas de su cuñada Clotilde, una de las hermanas de su difunta esposa. El único hijo de Clotilde, Eugenio, nacido tres días después del trágico suceso, se había casado con Ada Molina y había tenido con ella una hija, Camila, el retrato vivo de su tía abuela Melania. Al igual que ella, era una muchacha callada y extraña, de largos cabellos negros a menudo enmarañados, y una figura grácil y atractiva. Tenía tres años cuando sus padres se divorciaron y Ada asumió su custodia. Dos años después había nacido su hermana.

—Se va a llamar Clotilde, como mi suegra —decía Paloma, la segunda esposa—. A su padre le hace mucha ilusión, y a ella también, por supuesto. Claro que no es un nombre demasiado bonito, pero la llamaremos Cloe. Cloe es precioso. Eugenio quería que su primera hija se llamara así, como su madre, pero «la otra» —la palabra destilaba un desprecio mucilaginoso— se opuso, y él tuvo que aceptar llamarla Camila.

El desprecio de Paloma hacia Ada era en realidad un artificio, un truco de ilusionista para esconder el verdadero sentimiento que le provocaba la primera mujer de su esposo. Todos los momentos que Paloma vivía con su marido quedaban enturbiados por el pensamiento obsesivo de que él, antes, ya los había vivido con *la otra*. Cuando se besaron por primera vez, cuando hacían el amor, cuando la esperaba al final del pasillo el día de su boda, cuando le tocaba

la barriga estando embarazada, cuando nació su hija. Los celos la atormentaban como una plaga de hormigas minúsculas que se colaban entre los pliegues de su piel hasta el hueco mismo de su femineidad. Eran estos celos enfermizos, retrospectivos, sentimientos que ella disfrazaba de desdén.

Como no podía ser de otro modo, esa desazón un tanto mórbida extendía sus tentáculos emponzoñados hasta su hijastra. Paloma no pudo soportar a la niña desde el primer momento en que la tuvo delante. Desde su visión ofuscada y obsesiva, la hija de Ada era la prueba viva de todo ese pasado de su esposo que ella hubiera deseado borrar, y tenía que enfrentarse a él cada segundo que esa criatura extraña y seria la miraba con una quietud inusitada en un ser tan pequeño. Y cuando Eugenio la tomaba entre sus brazos o le acariciaba las mejillas redondeadas, Paloma no podía evitar pensar que él recordaba el momento en que la engendró, el momento en que la vio salir del canal de vida de esa otra mujer que ella odiaba por haber sido la primera, por haber sido durante un tiempo la única, por seguir existiendo en esa niña que le recordaba que Eugenio estaba con ella solo porque otra mujer, *la otra*, había decidido no seguir con él.

Esa mujer, Ada, murió en un accidente de tráfico cuando Camila tenía diecisiete años. Paloma acudió al funeral de riguroso negro, con un vestido camisero, zapatos de tacón alto y la melena rubia perfecta-

mente peinada. Recibió las condolencias junto a su esposo, que acompañó a una inconsolable Camila en el velatorio y la ceremonia posterior. Las lágrimas que Paloma derramó durante el oficio no fueron falsas; corrieron por sus mejillas como ríos desbordados dejando canales oscuros sobre el maquillaje. Nunca se había sentido tan desesperada; Ada jamás envejecería, jamás se degradaría, jamás podría ser menos que ella porque no era ya, porque siempre sería un recuerdo, porque siempre estaría allí, viva, joven, amada, en esa hija que a partir de ahora debería ver cada día. Días que se hicieron eternos, que invadieron su hogar de tensión desde el momento en que la joven se mudó a vivir con ellos.

—Yo no voy a ser su sirvienta, Eugenio —le dijo el mismo día del funeral cuando los cuatro volvieron a casa—. Espero que eso lo tengas claro. Ella tendrá que ocuparse de sus cosas.

Cuando Camila cumplió dieciocho años se trasladó a un apartamento viejo y frío de la calle Conde Aranda, que compartía con otras tres estudiantes. En ningún momento echó de menos el piso amplio y hermoso de la avenida de la Constitución; apenas añoró a su padre y a su hermana. El hecho de no tener que vivir con Paloma, esa mujer que la miraba siempre con una sombra maligna en los ojos, le quitaba de encima un lastre que le hacía sentirse ligera y viva. Durante un tiempo, Camila disfrutó de su li-

bertad, del mundo universitario, de las salidas nocturnas y del despreocupado transcurrir de los días, hasta que su padre enfermó. Eugenio dejó de respirar en el mismo momento en que Camila aprobó el último examen del grado de Finanzas y Contabilidad. Frente a su féretro, consolando a su hermana pequeña que se aferraba a ella como una náufraga a punto de perecer ahogada, Paloma se le acercó silente como un fantasma vestido de luto.

—Te llamaré para el reparto de la herencia —le susurró al oído—. Te llevarás lo que te corresponda, y a partir de entonces no esperes nada más de mí.

Camila la había mirado a los ojos con rostro impassible y se había vuelto hacia el cristal tras el que reposaban los restos de su padre en el ataúd. Solo horas después, tras la inhumación, junto al columbario cubierto de coronas fúnebres, se había dirigido de nuevo a su madrastra.

—No te preocupes —su voz sonaba a toque de difuntos—. No quiero nada de ti.

Cloe, ajena a lo sucedido, dirigió a su hermana una pregunta muda prendida en sus pupilas anegadas. Esta la abrazó estrechamente, más estrechamente que nunca, y le acarició los cabellos oscuros.

—Tranquila. Todo irá bien.

Tres años más tarde, las hermanas heredaron Villa Melania más un cuantioso depósito bancario. Camila trabajaba entonces en una empresa de transportes y vivía de alquiler en un minúsculo apartamento en

la calle Manifestación. Su mundo era pequeño y sencillo. Estaba muy acostumbrada a la soledad y a ese sosiego que desprendían sus gestos lentos y sus silencios imperturbables, y apenas dejaba que nadie se adentrara en él. Al morir su tío abuelo, Camila, que estaba enamorada de esa casa desde que era pequeña, decidió trasladarse a la hermosa y decadente mansión.

—¡Qué maravilla, mamá! —Cloe se movía de un lado a otro gesticulando sin parar—. Esa casa es preciosa, ¿verdad?

Tras la muerte de Eugenio, Paloma y Cloe se habían mudado a Madrid. Una amiga de Paloma, odontóloga, compadecida por la situación de la joven viuda, le había ofrecido un empleo en su clínica y el uso de un piso bien situado a cambio de un módico alquiler. Deprimida, agobiada por la soledad y desbordada por la amargura, Paloma había pensado que eso era lo que necesitaba: un cambio, un punto y aparte, una nueva vida. Cloe había aceptado el traslado a regañadientes, pero pronto se había adaptado a su nuevo entorno, aunque siempre que podía regresaba a Zaragoza a pasar unos días junto a su hermana.

—Tiene que ser increíble vivir allí.

—Olvídate, Cloe —contestaba su madre con el ceño fruncido—. Esa casa esconde algo maligno. Te lo digo yo. Siempre que iba a visitar a Sebastián salía con los pelos de punta. Si creyera en fantasmas...

Para la víspera del Día de Reyes, Camila ha preparado una celebración en Villa Melania, una cena muy especial como marca la tradición, una noche de estrellas y regalos, de lamparillas y ángeles, de turrones, pastelitos de Gloria, peladillas, alfajores y roscos de vino. Además, ha invertido en la casa mucho tiempo, ilusión y dinero del fondo que le legó Sebastián —siempre con la previa aprobación de Cloe—, y quiere exhibir el resultado. En el frondoso jardín la jacaranda todavía ocupa un lugar sobresaliente, aunque el color predominante es el de las caléndulas, que despliegan su color anaranjado sobre el césped. La villa ha recuperado su esplendor, y nadie espera fantasmas entre los brillos y las maderas barnizadas. Esta noche, lo mismo que hace cincuenta y tres años, faroles y velas aromáticas iluminan diferentes puntos del jardín, y figuras de ángeles blancos cuelgan de los árboles y se asoman entre los parterres. A través de las ventanas titilan las luces de un gran árbol de Navidad, y bolas de vidrio esmaltado penden junto a los cristales. Un observador, desde la oscuridad, distinguiría a personas vestidas de modo formal moviéndose en las habitaciones, charlando amistosamente y entrecrocando copas alargadas de líquido espumoso. Se intuyen carcajadas, villancicos y abrazos. No hay niños.

Camila no conserva el contacto con ningún miembro de la familia de su madre; Ada era hija única, y sus padres murieron hace años. Sin embargo, mantiene con la rama paterna una relación todo lo cordial que su carácter reservado le permite. Después del trágico suceso de 1966, Sebastián había enloquecido y permaneció prácticamente recluido en Villa Melania, sin dejar de insistir en que el fantasma de su esposa lo acompañaba; sin embargo, Camila lo visitaba con cierta asiduidad. Se trataba de citas cortas y reposadas, silenciosas a veces, pero el anciano descansaba su vista en el rostro de la joven y sonreía con beatitud. Lo echa de menos en una noche como esta. Por otra parte, sus abuelos, Clotilde y Alonso, siempre la han tratado con un cariño distante pero sincero, al igual que su primo y el resto de sus tíos. No obstante, en esta ocasión a Camila no le pasa desapercibido un sutil rencor en la mirada de estos parientes, una envidia velada; no en vano, Sebastián tenía con algunos de ellos el mismo parentesco que con su hermana y con ella y, sin embargo, decidió nombrarlas herederas únicas de su fortuna. Cloe no parece notarlo y habla con todos, revoloteando como un pajarillo zarandeado por el viento. Le ha contado que Paloma está profundamente ofendida por no haber sido invitada; lo ha dicho con una sonrisa cruel y burlona a un tiempo, pues la relación entre madre e hija nunca ha sido muy buena, pero lo cierto es que a Camila no le in-

teresa demasiado nada de lo que tenga que ver con esa mujer.

La víspera del Día de Reyes de 2019, cuando faltan apenas diecisiete minutos para la medianoche, el mirador de lo alto de la torre está abierto. En contraste con las habitaciones de los pisos inferiores, iluminadas y llenas de color y música, la estancia superior aparece enmudecida y oscura. De pronto, una figura atraviesa el vano y cae pesadamente en el suelo del jardín. El golpe es seco y sordo. No hay gritos, sino silencio y vacío. Sin embargo, Cloe ha visto caer algo mientras miraba por la ventana del salón, un bulto oscuro, una espesura. Cuando todos salen alarmados al jardín, al instante no solo alarmados sino horrorizados, la encuentran tendida entre las caléndulas, con la falda oscura levantada, las piernas en una posición imposible y el blanquísimo rostro resquebrajado; de entre sus cabellos mana un líquido espeso, que se extiende alrededor de la cabeza y del rostro formando una almohada carmesí donde se hunde su ojo izquierdo, abierto, grande y oscuro, como la gruta sin nombre de donde Camila nunca podrá regresar. Ya no cumplirá los veintiséis años.